

SAN ANTONIO MARÍA CLARET, EN CONSTANTE MISIÓN

El siglo XIX

El siglo XIX fue de lo más convulsionado. La Ilustración y la Enciclopedia habían cambiado el rumbo del mundo. La revolución francesa inició la expansión de la burguesía y la nueva civilización industrial.

El 1808, cuando el Padre Claret nació, el ejército francés se apoderó de los Estados Pontificios, Napoleón instauró a su hermano José Bonaparte en el trono español y empezó la Guerra de la Independencia. El 1815 Napoleón fue vencido en Waterloo. Los vencedores quisieron establecer la paz con el principio de Restauración de la Legitimidad Monárquica, pero sus apetencias estatales lo impidieron.

Mientras, en España, las Cortes de Cádiz habían promulgado la Constitución liberal de 1812, que fue perseguida de inmediato por el absolutismo de Fernando VII. A partir del 1830 las tensiones entre absolutistas y liberales explotaron en guerras carlistas y golpes de estado. Todo está en tensión: golpes militares, nueva industrialización, masas obreras explotadas, religiosidad cuestionada...

Tanta turbulencia fue el marco de la vida del Padre Claret. Con el Evangelio en el corazón, optó por vivir y ser testigo de Jesucristo con coherencia. Chocó con los poderes de su tiempo, y sufrió difamación, calumnia, persecución y violencia, como Jesús de Nazareth.

Sallent

Antonio Claret nació en Sallent de Llobregat (Barcelona) el 24 de diciembre de 1807. Sus padres se llamaban Juan Claret, fabricante de hilados y tejidos, y Josefa Ciará. Recibió el sacramento del Bautismo el mismo día de Navidad, 25 de diciembre de 1807. Tuvo diez hermanos; él era el quinto, en total seis chicos y cinco chicas. La piedad de los padres cuidaba de la formación religiosa de la prole. Además de las enseñanzas y oraciones en familia, los llevaban a la iglesia para las celebraciones y prédicas. Quién sabe si algún sermón a gritos y con oratoria barroca, en una iglesia en la oscuridad del anochecer con el tema del infierno, impresionaría de tal manera a los cuatro añitos del pequeño Antonio que durante la noche en vez de conciliar el sueño pensaría en el "siempre, siempre, siempre" de una eternidad de penas. Con los años añadió un nuevo estímulo a su celo misionero: el pecado no era sólo el fracaso de la persona como persona sino que profanaba el diseño y la ilusión de Dios sobre cada uno de nosotros.

El primer librito que hojeó fue El Roser, con dibujos y comentarios sobre los misterios del rosario, El Bon Din i la Bona Nit le aportó conocimientos e ideas, pero el Compendio de Historia Sagrada le fascinó totalmente. Pasaba ratos en la iglesia él solito y allí se encontraba muy a gusto hablando con Jesús y la Virgen María.

En una ocasión un eclesiástico muy importante visitaba la escuela y preguntó a los niños qué querían ser de mayores.

Antonio respondió: sacerdote. El eclesiástico debió de ser el ilustrado D. Félix Amat, el cual, ya anciano, residía en Sallent con sus familiares. Pero las circunstancias no favorecieron su vocación sacerdotal. Se incorporó al taller de su padre a los doce años.

Antonio se movía con soltura entre hilados y tejidos. No sólo porque obedecía gustoso a su padre, sino también porque tenía una dotación natural para este tipo de artesanía. Cuando se le rompía un hilo del telar, en vez de impacientarse, decía: "Tú te rompes, pero yo te anudaré", anécdota que ha servido de lección viva en diversas fábricas de Cataluña hasta hace pocos años. Su padre muy pronto advirtió las cualidades de Antonio y lo hizo pasar por las distintas especialidades de la fabricación.

Vic

Los familiares de Sallent, después del susto inicial ante una tal decisión, hicieron lo imposible para que Antonio declinara un propósito tan radical. Pusieron el caso en conocimiento del obispo de Vic, Pablo de Jesús Corcuera, quien se interesó en conocerle. El pensamiento de huir a la Cartuja de Montalegre se esfumó en pocos meses. En Vic reencontró la vocación sacerdotal de cuando era niño, vocación que fue probada por el impacto emocional de la atracción femenina en una situación especialmente tensa de pasión. Fue el momento en que tenía que decidir sobre su futuro: o seguía en el Seminario preparándose para el ministerio sacerdotal o bien dejaba la carrera eclesiástica para encontrar un amor y una familia. Superó la vehemencia del momento con los buenos recursos espirituales y morales que poseía. Su vida en el Seminario de Vic, amigo y compañero de Jaime Balmes, fue muy provechosa y de una alta calidad espiritual y académica.

El 13 de junio de 1835 Antonio Claret fue ordenado sacerdote. Cantó su primera misa en Sallent con gran satisfacción de toda su parentela. Y permaneció en Sallent como sacerdote. Su programa era oración mental por la mañana, misa, confesiones, predicación, catequesis, clases de teología y visitas a los enfermos del pueblo y alrededores; por la noche más oración mental y el Rosario. No hacía distinción entre pobres y ricos, ni entre parientes o no parientes. En más de una ocasión dio su plato caliente a algún pobre que llamaba a la puerta cuando él se disponía a sentarse a la mesa. Estaba entregado del todo a todos.

Roma

Pero la vida parroquial no saciaba su espíritu, ya que tenía un corazón abierto y universal. La estrechez de los montajes diocesanos o parroquiales del momento le obstruían la arteria apostólica que se le estaba despertando. Leyendo algunos pasajes de la Biblia, en particular de los Profetas y del Evangelio, se enardecía del celo por el reino de Dios y la dignidad de la persona humana en la gracia, la paz, la justicia, la solidaridad y la verdad. Los cuatro años en Barcelona habían abierto sus ojos a los desenfrenos del oro, del poder y del placer descontrolados, con los estragos humanos y sociales que ocasionaban. Decidió dejar diócesis y parroquia para irse a Roma y presentarse a la Congregación de Propaganda Fide a fin de que lo enviara como misionero a cualquier lugar del mundo. Allí empezaría de nuevo un compromiso evangelizador y apostólico.

Arregló permisos y papeles, eclesiásticos y civiles, y partió hacia Roma. El permiso de paso de frontera a Francia lo obtuvo el 13 de setiembre de 1839. Llegó a pie hasta Marsella y allí embarcó hasta Civitavecchia. Llegó a Roma el día 9 de octubre. Los catalanes que allí residían, diocesanos y religiosos, lo acogieron muy bien. Muy pronto inició las diligencias oficiales para cumplir la finalidad de su viaje. Llevaba una carta de recomendación para el franciscano catalán P. Vilardell, nombrado obispo de Líbano; pero el obispo Vilardell ya había partido de Roma hacia su destino. La realidad romana no dio respuesta a su ilusión apostólica porque el Cardenal Prefecto de las Misiones Giacomo Filippo estaba fuera de la ciudad y no había de volver hasta pasado el mes de octubre.

Mosén Antonio se encontró en Roma con el regalo inesperado de unas semanas libres. Decidió aprovechar el tiempo haciendo los ejercicios espirituales bajo la dirección de un padre jesuita de la comunidad de la iglesia del Gesù. Al acabar los ejercicios el director le propuso directamente hacerse religioso jesuita para tener la oportunidad de partir hacia las misiones. Mira por dónde, mosén Antonio Claret, hijo de Sallent y sacerdote de la diócesis de Vic, llegó a ser, como por arte de encantamiento, novicio jesuita. Pero su noviciado no duró ni un año. Una crisis inesperada en su salud fue dilucidada por el General de la Orden que aconsejó al novicio Claret volver a su diócesis. Pero Claret recordará siempre con agradecimiento esta breve estancia entre los jesuitas donde aprendió la práctica ordenada y dirigida de la virtud, técnicas de buena catequesis y una predicación fundamentada.

Viladrau

Y volvió a Vic. Los jesuitas sugirieron que se estableciera en Manresa, ciudad abierta y liberal. Los capuchinos lo querían en Berga, foco del puro y duro carlismo. El Padre Claret ante la bipolar atracción optó por la prudencia. Luciano Casadevall, administrador apostólico de Vic, le alejó de los dos polos y le destinó a Viladrau desde donde encarrilaría definitivamente su afán misionero.

El 13 de mayo de 1840 llegó a Viladrau. Allí había Párroco y Coadjutor establecidos, lo que le facilitó iniciar sus itinerarios misioneros. Pero antes de catapultarse como Misionero Apostólico aconteció algo interesante. El médico de Viladrau había tenido que huir de la población por razones políticas. Viladrau, rodeado de espesos bosques y aislado, sin médico, quedaba sanitariamente desvalido. Los enfermos se acercaban al sacerdote santo y joven buscando la curación con humildad evangélica. Mosén Antonio, con los pies bien apoyados sobre el suelo, se vio obligado a ejercer de médico corporal y espiritual. Además de encomendarse a Dios y de ayudar a los pacientes y familiares a vivir cristianamente la situación, se procuró libros de medicina elemental y estudió los beneficios de las hierbas curativas del macizo del Montseny. Se le abrió un horizonte sanitario impensable, lo que le llevó a plantearse si la atención a la salud corporal de la gente no le estaba apartando del trabajo misionero. Optó por cortar por lo sano su servicio sanitario, quizás ayudado por el retorno del médico de la población.

Apóstol de Cataluña

En el año 1840 predicó en Viladrau la novena de la Asunción, después la misión en la parroquia de Espinelves, acabada la cual tocó el turno a Seva en donde empezó a propagarse la fama de buen misionero. La gente estaba deseosa de escuchar la enseñanza de un predicador lleno de Dios, y además, joven. Desde el año 1835 en que religiosos, frailes y monjes habían sido expulsados de España, las parroquias estaban desvalidas y sin predicadores. El mes de noviembre del mismo año predicó el novenario de Ánimas en Igualada, pasó después a Santa Coloma de Queralt, y así sucesivamente.

El horizonte apostólico que se había abierto ante él era tan inmenso que pidió al administrador apostólico de Vic que lo liberara de todo curato y se ponía a su disposición para misionar donde creyera oportuno enviarlo. El tenía muy claro que todo misionero debía ser enviado por su obispo o responsable eclesiástico, y no moverse por iniciativa personal. Permaneció en Viladrau durante ocho meses. Desde allí inició sus itinerarios por obispados, ciudades, pueblos y parroquias de Cataluña, más de 300. Al iniciar cada predicación dejaba muy claro que él no misionaba por dinero, ni por pasárselo bien, ni por hacerse famoso: para todo ello la vida ya le había ofrecido multitud de oportunidades. Él acudía a convivir unos días con los que le escuchaban, para motivarlos a conocer, amar y servir a Dios; y para explicarles partiendo del Evangelio la dignidad de la persona, creación e imagen del amor de Dios.

No fue devorado por el activismo. Siempre cuidó su propia vida espiritual: la Palabra de Dios, los Sacramentos, la devoción filial a la Virgen María, la lectura continuada de los Padres de la Iglesia y de Vidas de hombres y mujeres apostólicos, apologetas franceses, etc.

Vic fue el campo base de su predicación apostólica. Sus medios eran la oración, el catecismo a niños y mayores, sermones, ejercicios de san Ignacio, divulgación de libros y de hojas populares, conversaciones familiares, rosarios y objetos religiosos. Para poder repartir con mayor facilidad las hojas y libros creó la Librería Religiosa bajo el patrocinio de la Virgen de Montserrat. Contamos veintitrés títulos de libritos en catalán que suman unas dos mil páginas impresas. Es probablemente el escritor catalán más prolífico y más leído de su tiempo. Su bestseller fue *El cami dret i segur per arribar al cel*, publicado también en castellano con el título de *Camino recto y seguro para llegar al cielo*.

En el hatillo que llevaba con él guardaba su libro de oración, la Biblia, la ropa indispensable para cambiarse y un mapa de Cataluña. En principio siempre viajaba a pie, tanto en invierno como en

verano, tanto si llovía como si hacía sol. Por los caminos conversaba con todo tipo de gente y lo aprovechaba para hablarles de la vida cristiana. A los carreteros mal hablados les aconsejaba meterse una piedra en el bolsillo por cada blasfemia proferida. Tuvo que afrontar muchos y grandes contratiempos de parte de los facciosos que abominaban todo lo que oliera a incienso y oraciones. Los políticos temieron la facilidad con que Claret convocaba y dominaba a las masas. En más de una ocasión se organizaron complots para hacerlo desaparecer.

Misionero y fundador

Pero su actividad misionera no quedó reducida a su acción personal en Cataluña, sino que fue mucho más allá.

El catalán Buenaventura Codina fue consagrado obispo de Canarias el 20 de febrero de 1848. Pidió enseguida la presencia del Padre Claret para misionar las islas. El obispo de Vic accedió a ello. El 11 de marzo llegó a Tenerife donde empezó una actividad apostólica vertiginosa hasta mayo de 1849 en que volvería a Vic. Así como en la misión de Lérida del 1846 mosén Antonio empezó a ser llamado "Padre Claret", en Canarias le pusieron el sobrenombre de "Padrecito" a causa de su baja estatura.

Y, ya de vuelta, dio un paso más. La gran labor a hacer en las mieses del Señor lo convenció de que debía trabajar en equipo y por ello diseñó una convivencia de sacerdotes que, exonerados de parroquias y funciones eclesíasticas, se dedicaran en comunidad al trabajo misionero con la oración, el estudio y el apostolado directo. Nacieron así los "Misioneros Claretianos" (o Hijos del Inmaculado Corazón de María) en una pequeña celda del Seminario de Vic el 16 de julio de 1849.

Arzobispo de Cuba

El Padre Claret, desde Viladrau hasta la fundación de los Misioneros, a pesar de todos los contratiempos imaginables, fue el hombre de Dios más feliz del mundo. Pero el día 4 de agosto de 1849 recibió el nombramiento de Arzobispo de Cuba en el palacio episcopal de Vic. Le cayó el mundo encima. Hizo lo imposible para renunciar al cargo, pero no lo logró. Fue consagrado obispo en la catedral de Vic el 6 de octubre de 1850 y en esta ocasión añadió a su nombre de Antonio el de María. Las autoridades de Vic que en 1841 habían interrumpido su predicación en la misma catedral, ahora se vieron obligados a recibirlo con el protocolo de honor en el Ayuntamiento y a ofrecerle el balcón mayor para que desde él saludara y bendijera a la población. Subió la montaña de Montserrat para saludar a la Virgen, patrona de su "Librería Religiosa" que ahora también se veía obligado a dejar. El día 28 de diciembre embarcó en la fragata "La Nueva Teresa Cubana" en el puerto de Barcelona y el día 16 de febrero de 1851 estaba en Santiago de Cuba.

El historiador británico Hugh Thomas en su estudio sobre Cuba afirma: "Un arzobispo, Antonio M' Claret, es el único clérigo que puede ser considerado un pastor y misionero verdaderamente ilustrado". Y añade: "Sus esfuerzos por mejorar el estilo de vida de los cubanos motivaron diversos intentos de asesinarlo y fueron la causa de su retorno a España" (Cuba 1. Grijalbo, Barcelona-México 1974, p. 203). Durante los seis años

de Arzobispo realizó cuatro veces la visita pastoral a todas las parroquias. Quien conoce la geografía de Cuba — ciudad de Baracoa, el río Jojó, las montañas Cuchillas Guantánamo, Mayarí...— se hace esta pregunta: ¿Cómo se las apañó el Arzobispo Claret y su equipo pastoral para realizar las cuatro visitas? Era una heroicidad. La predicación catequética a la gente y la renovación espiritual del clero fueron dos cosas que le preocuparon desde el principio.

En Puerto Príncipe se hallaban los focos más violentos de insurrección contra los europeos y recibieron al Arzobispo con toda prevención. Él fue precavido y no se pronunció políticamente ni en el púlpito, ni en el confesionario, ni privadamente, lo que llamó mucho la atención. Se ganó una confianza que en un principio le habían negado. Los americanos del norte hicieron tres intentonas de invadir Cuba en tiempo del Arzobispo Claret. La rectitud y el espíritu evangélico del Arzobispo

estuvo por encima de los impulsos revolucionarios, pero las dificultades — desde la calumnia hasta el intento de asesinato— ya lo rodeaban por todas partes.

Cuando los terremotos y el cólera atacaron a los cubanos, el Arzobispo Claret suspendió los programas pastorales para estar en la calle animando a la gente aterrorizada, y en los hospitales donde la enfermedad y la muerte amenazaban a cualquiera. El tema de la esclavitud de los negros le exigió decisión y valentía. Denunció su inhumanidad, lo que también le causó problemas. Su oposición a la segregación de mulatos y mulatas para poder legalizar familias e hijos también le motivó malentendidos y calumnias.

Dio diversas disposiciones para el bien de su diócesis. En primer lugar, la dotación del clero. Tenía muy claro que la miseria económica de los sacerdotes acababa en miseria moral. Los 36.000 duros que tenía asignados el Arzobispo los redujo a 18.000, en favor del presupuesto diocesano. Todas las semanas los clérigos debían escuchar tres conferencias, una de rúbricas y dos de moral. Renovó académica, material y espiritualmente el Seminario que hacía treinta años no celebraba ninguna ordenación sacerdotal. Redistribuyó las parroquias y creó algunas nuevas. Obtuvo la colaboración de órdenes religiosas para la escuela cristiana y orientó a la Madre Antonia París, de Reus, en la fundación de las religiosas de María Inmaculada, o "Misioneras Claretianas".

Compró una hacienda en Puerto Príncipe para niños y niñas pobres donde organizó talleres de artes y oficios, biblioteca, aula de física, aparejos de agricultura, laboratorio de química... Escribió un libro, *Las delicias del campo*, como manual de agricultura para la hacienda. Fomentó la Caja de Ahorros con su reglamento, para que los jóvenes valoraran el ahorro y pudieran abrirse un futuro al dejar la hacienda. Tenía también tiempo para visitar las prisiones y hospitales. Hacía venir orquestas de Barcelona para solemnizar las grandes fiestas religiosas. Pedía que los libros de piedad que llegaban en cajones desde la Librería Religiosa estuvieran encuadernados con colores vistosos porque, decía, a los cubanos les gustan mucho los colores vivos y alegres. Por ello estuvo a punto de devolver toda una edición a Barcelona porque no habían tenido en cuenta esa observación. Si encontraba piedras o minerales que le parecían de interés, los mandaba a la colección de historia natural del Seminario de Vic.

Facilitaba el matrimonio a los pobres y a los que no encontraban su partida de bautismo, con el fin de erradicar el concubinato. Se opuso al rapto, a los matrimonios entre parientes, etc.

En la ciudad de Holguín, al iniciar la visita pastoral, cuando salía del acto religioso en la iglesia, en plena calle Mayor, rodeado de gente, se le acercó alguien simulando el deseo de besarle el anillo. Pero le clavó un navajazo en el cuello; aunque falló el golpe y sólo malherió la mejilla izquierda y el brazo derecho del Arzobispo. En medio del espanto y del nerviosismo general, él guardó la calma e incluso fue él quien orientaba a sus acompañantes en lo que se debía hacer.

Durante la convalecencia del atentado, que duró seis meses, tuvo una iluminación de futuro: la Academia de san Miguel, coordinación de los seglares profesionales católicos de cara a participar en la comunidad eclesial. Los tiempos estaban cambiando.

Después de la intensa experiencia cubana comentaba: "América es una viña joven, cargada de promesas".

De Madrid a Fontfroide

El día 18 de marzo de 1857 recibió la Real Orden de trasladarse a Madrid. El Arzobispo de Toledo, confesor de la reina Isabel II, había muerto, y la reina elegía para sucederle al Excelentísimo Señor Antonio María Claret, Arzobispo de Cuba.

El Santo empezaba en Madrid una nueva etapa de su vida, la más difícil y angustiosa. En Cuba había expandido su personalidad de empresario ilustrado, creador y organizador en clave eclesial y evangélica. Ahora lo encerraban en palacio, que como él mismo afirma "es una jaula de oro, pero jaula al fin y al cabo". Tan sólo la obediencia a la Iglesia lo retuvo en un cargo que adivinaba estaría lleno de problemas, malentendidos y persecuciones.

El nuevo confesor real exigió que para confesiones y dirección espiritual en palacio no tuviera que esperar en colas de visitas, ya que necesitaba el tiempo para la pastoral de todo tipo de gente. Desde el principio Isabel II vio claro que su nuevo confesor era persona de carácter, que no andaba

con rodeos. Así lo aceptó porque en su interior se sabía reina cristiana de un país que se descristianizaba progresivamente. Las costumbres de palacio, empezando por ella misma, necesitaban una mano enérgica para asegurar un mínimo de ética. Era aquella una corte que en cuanto a lo moral, dejaba bastante que desear.

El Arzobispo Claret convenció a la reina de que tantas fiestas, boato, bailes, banquetes y comedias en palacio malgastaban un dinero que el pueblo necesitaba. Bailes, invitaciones y teatros fueron reduciéndose a situaciones indispensables del protocolo. Los aprovechados, infiltrados y oportunistas que vivían del cuento, se movilizaron contra el confesor de la reina. Políticos, periodistas, militares y liberales poco respetuosos se añadieron a la oposición contra Claret a base de chascarrillos, chistes, artículos, dibujos... Se extendió por todo Madrid una "leyenda negra" que buscaba desprestigiar su imagen.

San Antonio María Claret siempre tuvo ganas de huir de la corte de Madrid, pero el nuncio del papa le daba razones para que no cometiera semejante inoportunidad. El Padre Claret nunca se metió en política, como no lo había hecho antes ni en Cataluña, ni en Canarias ni en Cuba. Pero fue una pieza clave para ir llenando las sedes vacantes de toda España con obispos virtuosos y sabios. Aprovechó los viajes reales por toda la península para extender la Palabra de Dios a todos los públicos posibles, pueblo llano, religiosos y clero.

La reina le encargó la responsabilidad de dar nueva vida al monasterio de san Lorenzo del Escorial, que después de la expulsión de los monjes había quedado abandonado. Ayudado por colaboradores cualificados organizó un programa académico para jóvenes estudiantes teólogos para que obtuvieran una mentalidad abierta y universal. Por ejemplo: además de las lenguas eclesiásticas y bíblicas como son el latín, el griego y el hebreo, se añadieron el inglés, el francés y el alemán, a escoger opcionalmente, porque las líneas del pensamiento moderno se habían abierto camino en estas lenguas y había que entender y analizar los textos en su versión original. El árabe también entró en el programa porque en el Escorial había un contingente importante de documentos escritos en esta lengua y se habían de conocer. La arqueología cristiana y otras asignaturas complementarias estaban en la lista del programa. El adjetivo "ilustrado" que Hugh Thomas aplicó a san Antonio María Claret no era en vano.

La revolución del 1868 derrocó a la monarquía española. El Padre Claret, confesor real, tuvo que partir hacia el exilio. Llegó a París y desde allí se trasladó a Roma para el Concilio Vaticano I, en el que defendió la infalibilidad del Papa.

Pero su salud se quebrantaba por momentos. Se retiró a la localidad francesa de Prades, junto al Pirineo. Allí había una comunidad de sus misioneros. La persecución revolucionaria, implacable, lo localizó al abrigo de sus hermanos religiosos. Tuvo que huir a escondidas y refugiarse en el monasterio cisterciense de Fontfroide, cerca de Narbona, donde murió rodeado de monjes y misioneros el día 24 de octubre de 1870. En su sepulcro, una mano conocedora de la trayectoria del Arzobispo Claret esculpió la frase del papa Gregorio VII: "He amado la justicia y he aborrecido la iniquidad, por eso muero en el exilio".

Los restos del santo fueron trasladados de Fontfroide a Vic el 13 de junio de 1897. Hoy se conservan en la cripta de la iglesia a él dedicada en la ciudad de Vic. Pío XII lo canonizó el 7 de mayo del 1950.

Anton Vilarrubias en Santos y Santas 89. CPL

Oh Dios,
que concediste a tu obispo san Antonio María Claret
una caridad y un valor admirables
para anunciar el Evangelio a los pueblos, concédenos, por su intercesión,
que, buscando siempre tu voluntad en todas las cosas,
trabajemos generosamente
para ganar nuevos hermanos para Cristo. (Misal)

Recorriste Cataluña predicando infatigablemente,
porque querías que todo el mundo conociese y siguiese el camino cristiano,
y amase a Jesucristo de todo corazón. Y fuiste a las Islas Canarias,
y fundaste una congregación de misioneros como tú.
Y cuando te llegaron nuevas llamadas, primero como obispo de Cuba
y luego en la corte de Madrid,
en todas actuaste con la misma entrega,
con un gran deseo de renovar y vitalizar la vida cristiana.
San Antonio María Claret,
ayúdanos a poner nuestra vida al servicio del Evangelio,
como tú la pusiste.

¡Oh, Dios mío
y Padre mío!,
haced que os conozca
y os haga conocer;
que os ame y os haga amar;
que os sirva
y os haga servir;
que os alabe
y os haga alabar
de todas las criaturas.
San Antonio M. Claret (Autobiografía, n. 233)